

Metilde.- (Temerosa, pero excitada) ... Y entonces llamaron a la puerta.

Eulalia.- (Peinándose en el reflejo del reloj, sin verle. Distante, solemne) Entonces llamaron a la puerta.

Metilde.- Por favor ... Eulalia, por favor, repítemelo otra vez ...

Eulalia.- Entonces llamaron a la puerta.

Metilde.- No ... todo, todo lo demás.

Eulalia.- ¿Por qué? ¿Por qué he de estar toda la vida repitiendo siempre lo mismo?. ¿Qué pasó después?, ya no recuerdo qué pasó después...

Metilde.- Pero tú lo viste, tú pudiste verlo, a ti te concedieron que lo vieras ... Yo, en cambio ...

Eulalia.- Tú eres ciega.

Metilde.- ¡Eulalia!

Eulalia.- Es mejor no engañarse. Tú eres ciega. Tú estabas igual que yo, tú presenciaste todo como yo, pero tú eres ciega.

Metilde.- ¿Y no te llenas de piedad, no te sientes afortunada? ¿No eres capaz de compartir tu fortuna?

Eulalia.- No. Es igual. A ti te pasaría lo mismo; sólo somos hermanos de nuestra propia carne. Tu ceguera esté en otro mundo y no me llegue.

(Silencio)

Metilde.- Eulalia...

Eulalia.- Entonces llamaron a la puerta.

Metilde.- Pero no hay ninguna puerta. Tú siempre me has dicho que aquí no hay ninguna puerta.

Eulalia.- En otro tiempo había una; todas las mañanas, al despertar, abríamos de par en par y el sol entraba hasta el fondo. Antes había una puerta que se podía abrir de par en par. Y un día llamaron a la puerta. Descuélgale.

Metilde.- (Aterrada, dejando que su labor resbale hasta el suelo) ¡No!

Eulalia.- ¡Descuélgale!

Metilde.- Eulalia, ten piedad, no me obligues a hacerlo ... Cada vez que pongo mis manos en su cuerpo me estenaza un sudor frío, como si fuese un manto de nieve que no me puedo arrancar. Me aprieta el pecho y me estruja, me ahoga, me ...

Eulalia.- ¡Descuélgale, maldita! ¿No eres tú su esposa, carne de su carne en la vida y en la muerte?

Metilde.- Pero no le veo, no le puedo ver, tropezaré ...

Eulalia.- Ya sabes dónde está. Ante ti, siempre delante de ti.

Metilde.- Eulalia, hazlo tú por mí, hazlo tú por mí.

Eulalia.- (Riendo locamente, con despecho y con furia) ¡Ah no, pelomita mía! Así eres ¿verdad?, pelomita mía, mi adorada pelomita ...

Metilde.- ¡Eulalia!

Eulalia.- ... Mi corazoncito ... Tú eres la única que le puede tocar. Piense que es él, el mismo de siempre. Que esté dormido, que le ves a despertar. Su corazón late, escúchale ... Vamos, Metilde, no